

aspectos de nuestra cultura. En la actualidad desempeña un puesto en la biblioteca de la Escuela de Bellas Artes. Desde el segundo piso de esa escuela universitaria, con prodigalidad ejemplar para sus compañeros de generación, pintoras y pintores de su tiempo, Matilde Puig se entrega al amoroso ejercicio de custodia de las ediciones lujosas de pintura. Pero también y silenciosamente Matilde Puig está labrando en su gabinete de sueño, en su fantasía. Escribe ahora una novela que esperamos dé pronto a la publicidad, pues sabemos que no nos ha de defraudar. Al conjuro de su talento, de su intelectualidad refinada, nos imaginamos que logrará animar las estatuas de yeso de la Escuela de Bellas Artes. Como seres salvados de lo inerte, los personajes de su obra próxima portarán una humanidad menos absurda, tal vez más inmediata, más verdadera.—*Luis Droguett Alfaro.*



“EL ANZUELO DE DIOS”, de *Hugo Lindo*. Zig-Zag. Santiago de Chile, 1956

Cuando cogemos un libro y nos sumergimos en sus páginas, como un buzo en las profundidades del océano, para recoger impresiones inéditas y deleitarnos o emocionarnos con la lectura, con la intención de penetrar en el alma del autor, que no otra cosa es esa íntima y silenciosa transfusión de ideas y pensamientos entre lector y escritor, lo hacemos con un máximo de comprensión, interés y respeto por la obra ajena.

En el caso de *El anzuelo de Dios*, firmado por el escritor salvadoreño Hugo Lindo, residente en Chile desde hace tiempo como representante de su patria, desde la primera página tenemos la certidumbre que estaremos a salvo de sorpresas desagradables, porque la novela está precedida de un magnífico prólogo del conocido y prestigioso crítico chileno Ricardo Latcham.



*El anzuelo de Dios*, título sugestivo y de poética sonoridad, es la vida ficticia o real, o ambas cosas a la vez, debidamente dosificadas, de Renato Guzmán, profesional salvadoreño, perseguido por la justicia de su patria por móviles políticos, acontecimientos que lo conducen inevitablemente a trasladarse a Chile, acompañado de su mujer.

Renato Guzmán no es un hombre común. Por el contrario, su conducta es la resultante exacerbada de un ambiente y de una época, donde la violencia, la cárcel y los castigos corporales ejercidos por enemigos políticos en la agitada historia de su patria, terminaban por enloquecer o dañar espiritualmente a sus víctimas para toda la vida.

El ingeniero Guzmán desea huir de sí mismo, de su neurosis, de su pasado, del asfixiante ambiente de su patria. Desea conocer nuevos escenarios, nuevas gentes, nuevos climas, comenzar una nueva vida para olvidar muchas cosas que forman un amargo bagaje en su alma atormentada. Es, en el fondo, la eterna e inútil huida de sí mismo de los inconformistas e inadaptados, que arrastran su propio peso de solitarios galeotes. Y Guzmán decide venirse a Chile.

Hugo Lindo se revela en *El anzuelo de Dios* como un escritor de muchos y novedosos recursos, hasta el punto de desorientar a ratos al lector desprevenido, que debe seguirlo atentamente para no perder el hilo de la narración, que se desarrolla en dos diferentes escenarios: en El Salvador y en Chile.

Cada capítulo de esta novela se inicia desconectado del anterior, sin que se pierda la ilación completa, en cuyo desarrollo aparecen, desaparecen y reaparecen personajes que se nos quedan grabados con firmes rasgos en nuestra memoria. Renato, Dora, el gringo Robert Smith, don Sebastián, don Jenaro, Andrés Levant y otros personajes de menor categoría, pero todos diseñados con firmes caracteres, son inolvidables.

Mucho se podría hablar en torno a esta magnífica novela, que se hace leer con avidez, por ser representativa de un estilo y de una época de la literatura salvadoreña contemporánea, pero eso sería materia de un estudio más extenso. Por ahora, nos basta con señalar a



Hugo Lindo como un novelista de garra, dueño de una técnica novelística de extraordinarios recursos y de un estilo de impresionante belleza.—*Gonzalo Drago*.

“¡NO DEMAGOGIA!”, por *Raúl Marín*. Editorial Universitaria, 1955

Raúl Marín es un caso de sumo interés entre los parlamentarios de Chile. Escribe. Y escribe porque estudia. Y estudia porque quiere servir.

Tiene publicadas ocho obras sobre temas políticos e históricos de Chile, algunas de las cuales, como *La caída de un régimen*, buscan aclarar situaciones por las cuales ha pasado nuestro país. Tiene, también, *Filosofía de la tragedia de Alemania*, en la que demuestra su preocupación por los alcances que para el mundo ha tenido y tendrá el drama de la Alemania dividida y sojuzgada. Y en *Rapanui* está el hombre de Chile buscando el porqué de los misterios que rodean la historia de la Isla de Pascua y exponiendo el panorama integral de este pedazo de territorio chileno en los lejanos mares del sur.

En *¡No Demagogia!* Raúl Marín muestra el cuadro de los fracasos socialistas, aclarando su posición al decir: “De ahí que he dicho muchas veces que, si creyera que el socialismo o el comunismo hicieran la felicidad de los hombres, yo sería el más entusiasta de sus defensores. No tengo mayores riquezas que defender y mal podría, entonces, percutir mi criterio a lo que se ha llamado “los intereses creados”.

En esta parte del libro que comentamos el autor hace una historia de la actividad socialista en Chile, haciendo notar que “Rusia reniega hoy de sus métodos comunistas. La esencia misma de las doctrinas de Marx, Lenin y Stalin han caído por los suelos”.

Desde luego el senador y escritor defiende la economía liberal.